

Antonio Prieto: La mirada del tiempo

Eduardo MARTÍNEZ RICO

Para Isabel Colón y Álvaro Alonso

Este artículo se presenta como una breve reflexión sobre el arte narrativo de Antonio Prieto, y lo hace a partir de una anécdota bien determinada: la publicación de *Una y todas las guerras*¹, una especie de compendio de todos sus temas, querencias y obsesiones como escritor e investigador del fenómeno literario.

Decir fenómeno literario, en Antonio Prieto, no es decir algo frío, sino dotado de vida, y vida en este caso es memoria. Todo en las novelas del escritor almeriense, y en sus estudios literarios, está conectado con ese manantial inagotable que es el tiempo y la memoria.

Pero desgraciadamente estas palabras, «memoria», «tiempo», «manantial», «inagotable», han aparecido demasiadas veces unidas y ya resuenan tópicas en nuestros sentidos literarios. Y sin embargo el tiempo en literatura es como una corriente de agua que siempre fluye, más o menos ruidosa, más o menos caudalosa, incluso vaporosa o evanescente. Puede también llegar a las nubes y caer a la tierra para fertilizar nuevos campos, campos de tiempo, corrientes de tiempo. El lector me perdonará esta metáfora —o alegoría— también pobre, también tópica, pero creo que algo parecido ensaya Antonio Prieto, con los hechos de la memoria, en sus novelas y estudios literarios.

La memoria es el tiempo y el tiempo es la memoria. Y a la memoria alza su mirada nuestro escritor en sus novelas. Ya le escribió a un destinatario imposible, un destinatario que estaba tan dentro de sí que parecía el propio tiempo, una precisamente titulada *Carta sin tiempo*² en la que hallamos las claves de toda su obra, aunque cada nuevo libro parece reunir todos los anteriores. *Carta sin tiempo*, mezcla de espacios, personajes, hechos, intrigas que superan la erudición porque siempre están marcadas por la vida y el amor, siempre el tiempo.

Antonio Prieto ha hecho cabalgar una vez más a Garcilaso con su amigo Boscán (*Vida de Garcilaso y Boscán*³), y hasta se ha fundido míticamente con Don Quijote, sin dejar que le quemara esa lluvia que cubre a todos sus personajes (*La lluvia del tiempo*⁴). También la ha sufrido, extendiéndola benéfica a todos sus seres, que son las personas y los personajes que vivieron antes que él, en los libros y fuera de los libros, la enfermedad más famosa que existir pudo, «la enfermedad del amor», en un otoño (¿o fue otra estación?), en Pisa, y en muchos otros lugares. O habitó, siem-

¹ Antonio Prieto: *Una y todas las guerras* (Barcelona: Seix Barral, 2003).

² Antonio Prieto: *Carta sin tiempo* (Madrid: Novelas y Cuentos, 1975).

³ Antonio Prieto: *Vida de Boscán y Garcilaso* (Barcelona: Península, 1999).

⁴ Antonio Prieto: *La lluvia del tiempo* (Barcelona: Seix Barral, 1998).

pre, siempre también, universitario como hace gala cuando puede, «la plaza de la memoria», entre el niño que fue y el escritor que intenta traducir, el escudo del recuerdo —»recordar», «pasar las cosas por el corazón»—, sus oposiciones en la Universidad madrileña, los amores, los libros... (*La plaza de la memoria*⁵). Y antes, mucho antes, enfrentó a un personaje del futuro a un tribunal implacable que no entendía cómo alguien podía erigirse en guardián del pasado y fundirse con la cantada y el cantor: *Secretum*⁶.

Es una vida marcada por el pasado que se resiste a ser actualidad, porque piensa que la actualidad no le ofrece lo que el pasado tan ricos frutos le dio. El pasado son las bodas del Emperador Carlos V rodeado de poetas y embajadores inventando una poesía nueva, o la más grande guerra «que esperan ver los siglos...», la de Troya, como nos recuerda en su última novela. O el pasado es el Saco de Roma con una Sacra Ciudad corrupta por príncipes nada sacros y tropas hambrientas de oro y sexo. El pasado es una orgía de enseñanzas y amores, una esperanza que espera en un códice viejo y en los labios de una mujer que descansa en la dulce pátina de un lienzo, quizá pintada por un Tizano, quizá por un anónimo. Quién sabe.

Con *Tres pisadas de hombre*, en 1955, muy joven, ganó el Premio Planeta. Era un libro que podíamos llamar, libremente, policíaco. Y parece que su existencia literaria, filológica, vital, iba a discurrir un poco por los cauces policíacos. Tal vez aquí vengan bien unos saludables puntos de interrogación, como en la propia novela. Nadie sabe de Antonio Prieto salvo por sus libros, y sus libros son el reverso de una existencia doblada por el tiempo, por la mirada del tiempo. ¿Por qué la mirada del tiempo?

En *Una y todas las guerras* el autor lo explica muy bien. Da una nueva versión del Génesis muy hermosa y satisfactoria. Todo lo creó la mirada. Antes que la palabra fue la mirada, pero la mirada y la palabra ya eran casi la misma cosa:

Pero en esta ocasión, marcado por el anuncio de la edad, pensé también que tal vez el mundo, todo lo naturalmente creado, no fuera sino el deseo de proyectarse en la mirada de un primer y poderoso ser. Fue así, en principio, como la vida de la mirada creó la luz, rasgando las tinieblas, y se distinguieron el día y la noche. Después, separando las aguas, la mirada creó el firmamento, que los más antiguos humanos imaginaban como algo sólido de bronce fundido. (...) Y decidió crear un ser que se le asemejara, libre y superior a todos los demás animales, y dictó que fueran varón y hembra, que pudieran procrear y tener la palabra para amarse y la inventiva para creerse creadores⁷.

Antonio Prieto alza su mirada, y nosotros con él, para retrotraernos a unos tiempos no idos ni perdidos, porque eso sería otra vez tópico, sino para recuperarnos en ellos, como si fuera fácil, gracias al arte de la novela, vivir la existencia de Aquiles, Ulises, Marco Antonio y ese brillante etcétera que despliega el escritor en *Una y todas las guerras*.

⁵ Antonio Prieto: *La plaza de la memoria* (Madrid: Biblioteca Guadalquivir, 1995).

⁶ Antonio Prieto: *Secretum* (Madrid: Novelas y Cuentos, 1972).

⁷ *Una y todas las guerras*, ed. cit., p. 11.

Después de todo, lo que realmente existe es la imaginación, lo que ella nos va creando con su movimiento⁸.

Y le dice ella a él en la novela que comento en esta ocasión:

No creo que nadie pueda vivir en el pasado, inventarlo y hacerlo hoy como haces tú.

UN VIAJE Y UN AMOR

Es una mirada melancólica y anónima (y esto es importante), no derrotada, la que va desde el hombre mayor, no viejo, que se desplaza por las tierras griegas en una viaje que suena —sólo suena, porque la palabra no se despide nunca— a despedida, hasta el lejano pasado de las luchas por el amor de una mujer y una ciudad, alta Troya, las desdichas de Julio César, sus puñales, los amores entre Cleopatra y Marco Antonio, su desesperado final, el tiempo del Imperio de Carlos V, el Saco de Roma, hasta llegar a la Segunda Guerra Mundial y nuestros días, el derrumbe de esas dos lanzas del poder occidental, entre el dolor y el odio: las Torres Gemelas de Nueva York.

Porque el tema, uno de los múltiples temas que engloban el principal, el tiempo, es la guerra y el amor, la guerra y la paz, y se repite como en un estribillo la cita clásica, «si quieres la paz prepara la guerra», que el narrador-personaje niega, pero que Agrippa, creo que era Agrippa, su amigo adivino, entre juegos de espionaje, reafirma. Al narrador, desde sus lejanas islas, desde la vista de la Acrópolis, que le inspira, le viene todo el mundo que ha presenciado, que ha viajado, todo el amor que han visto sus ojos, toda la sangre que ha visto derramar y posiblemente ha derramado⁹. Entonces comprende, y su libro es un testimonio de ello, que una es todas las guerras, que la unidad está presente en la totalidad, como en los ojos de una mujer enamorada, al relatarle los hechos de tan distantes tiempos y tan distantes hombres, están enmarcados, en resumen, todas las mujeres enamoradas, todas las que una vez le escucharon, incluso aquella Helena que llevó a miles de hombres al desastre, pero que gracias a la cual —no lo olvidemos—, fue fundada la gran Roma. Si hacemos caso a las leyendas, naturalmente.

Entonces Carla, pues así se llama la destinataria de este relato, en diálogo, al que nosotros asistimos, en otro tiempo (son tres tiempos: la vista de la Acrópolis, Carla y el viaje o mirada por el tiempo), se constituye en síntesis de «una y todas las guerras». La guerra, la «única guerra», la guerra como unidad desemboca en los ojos y los oídos de una mujer, igual de receptivos, aunque quizá —seguro— mucho

⁸ *Una y todas las guerras*, ed. cit., p. 201.

⁹ La ambigüedad flota en este punto a lo largo de toda la historia. Aunque el personaje narrador haya presenciado en primera línea, y en compañía de sus protagonistas, los principales hechos de armas de la Historia de Occidente, no sabemos bien a qué grado llega su participación. Él se mantiene firme en una idea: «No me servía de consuelo la afirmación de que la historia estaba hecha para la guerra y que yo era parte de la historia.» (*Una y todas las guerras*, p. 161).

más inocentes que los de aquella Helena, de *una* mujer. Mucho ha viajado la guerra hasta dar con su receptor, pero al fin lo ha encontrado, ingenuo y puro. El narrador, nuestro personaje, nunca ha creído en la guerra, nunca ha creído en la famosa máxima de su querido amigo, «si quieres la paz prepara la guerra», aunque haya tenido que someterse a ella, pero ahora comprueba, en las plazas, en las calles, en las habitaciones de una Roma universitaria y juvenil que la narración del pasado, aunque sea sangriento, incluso siéndolo, puede ser motivo de admiración y deseo en la mirada, también «mirada del tiempo», de una mujer: Carla. Espíritus sutiles, como querían los renacentistas, y aún otros más antiguos.

El hombre que se desplaza por las tierras griegas, mayor, no viejo, con aires de derrotado caballero andante, no está derrotado, y él lo sabe. Porque conserva en sí el privilegio de la mirada, de esa mirada que es tiempo, es memoria y es palabra. Hace un canto incluso al silencio, cuando calla, cuando no puede hablar ni escribir, porque, como dijo un sabio, «hay un tiempo para cantar y otro para callar», como una frontera. Nos dice nuestro personaje, pues es nuestro —nosotros vamos con él, somos él, como también somos Carla enamorada, y Aquiles el predestinado, rico en ingenios Ulises, Julio César, cuídate de los Idus de Marzo, Cleopatra *ligadora* de reinos...—, nos dice el hombre que camina por las calles de Atenas, entre burdeles y restaurantes: el silencio también es tiempo.

Viene o va a la palabra.

BIBLIOGRAFÍA

PRIETO, Antonio: *Tres pisadas de hombre* (Barcelona, Planeta, 1983, 1ª ed. 1955).

- *Secretum* (Madrid: Novelas y Cuentos, 1972).
- *Carta sin tiempo* (Madrid: Novelas y Cuentos, 1975).
- *La plaza de la memoria* (Madrid: Biblioteca Guadalquivir, 1995).
- *Vida de Boscán y Garcilaso* (Barcelona: Península, 1999).
- *Una y todas las guerras* (Barcelona: Seix Barral, 2003).